

LAMENTOS DEL PINAR

Eran las ocho horas de una preciosa mañana de otoño, el rocío aún permanecía en las hojas de las plantas dándoles una luz especial, que los primeros rayos de sol se encargaban de matizar. Un delicioso olor a tierra mojada envolvía el campo, a la vez que un sinfín de pajarillos que parecían competir con su maravilloso canto a ver cual componía la melodía más bella jamás imaginada.

El camino que había elegido esa mañana para dar mi paseo estaba flanqueado por gigantescos pinos que parecían abrirme paso con sus impresionantes fustes, cual escuadra de soldados con lanzas en ristre apuntando hacia el infinito cielo. Todo aquello era maravilloso, la naturaleza me brindaba en su conjunto un espectáculo que ningún ser humano puede montar por mucha riqueza que tenga a su alcance; eso solo puede ser obra de un ser superior a todos; vamos a llamarle Dios.

De repente, mientras disfrutaba del maravilloso momento, escuché la voz de un hombre que parecía recitar o más bien pronunciar en voz alta frases que debido a la lejanía no podía entender su contenido. Me detuve un momento con la seguridad de que aquella voz distante, yo diría más bien lamento, se acercaría y así podría escucharlo o quizás mejor entenderlo.

Agazapado bajo un frondoso lentisco, lo vi aproximarse con un caminar ligero, erguido como un junco, mientras gesticulaba con sus manos como el mejor de los actores cuando interpreta el papel de una gran obra de teatro.

Pude escuchar, ahora sí, sus palabras, su canto, su llanto, sus plegarias...

Hablaba de la maldad del ser humano, lloraba por algo que acababa de ver mientras paseaba, se lamentaba de cómo unas destructoras máquinas, manipuladas por orden de no se sabe quien, ni con qué argumento, habían decapitado un grupo de pinos centenarios situados justo en las paredes del pueblo.

De momento, pensé que aquel hombre era un pobre demente que decía cosas sin sentido, probablemente serían alucinaciones tuyas o, quizás, lo ocurrido no tendría tanta importancia, se trataría seguramente de una pequeña corta de pinos enfermos o deformes.

Se me hizo tarde y decidí volver al pueblo, pero ahora seguiría la ruta que aquel señor llevaba, pero en sentido inverso. Después de un largo caminar me acerqué a las primeras casas del pueblo pudiendo comprobar, in situ, que los lamentos de aquella persona eran fundados. Allí, en aquel lugar, se habían cortado cinco pinos centenarios testigos mudos de nuestra historia.

De sus inmensos troncos pude ver como resbalaban unas espesas lágrimas y, confundido con el sonido del viento, escuché un triste lamento que decía: ¡porqué!

No, no eran pinos cualesquiera, esos pinos habían visto pasar a monarcas camino de sus cazaderos, desde sus altas copas vivieron y sufrieron la tragedia de nuestra Guerra Civil o el hambre que pasó Hinojos en los años cuarenta.

Siempre atentos y vigilantes vivieron también momentos felices. Disfrutaban cuando los romeros acompañando a su Simpecado, colocado en su preciosa carreta, partían hacia el Rocío. Escucharon atentos los sones de magníficas bandas de música que alegraban la fiesta del Romerito o de la Resurrección y, qué decir, cuando pasaban los hombres del pueblo con sus burros cargados de ramas de eucaliptos, juncia y romero para engalanar las calles para la festividad del grandioso Corpus.

También sentían, como todo buen hinojero, la alegría que se respiraba en el pueblo mientras se preparaba la feria, justo a los pies de la ermita de nuestra Patrona la Virgen del Valle. ¿Cómo podían estos pinos imaginar que el cambio de ubicación del recinto ferial iba a terminar con sus longevas vidas?

Hace ya muchos años, ellos también lloraron de alegría al escuchar el repique de campanas que se produjo cuando el pueblo ganó el pleito al estado, recuperando para siempre la propiedad de la marisma.

Desde sus altas atalayas vieron cómo se realizaba la construcción del "Cañuelo", los grupos escolares, la gasolinera, la pavimentación de las calles o cuando llegaron a las casas la luz eléctrica y el agua potable. También vieron cómo se quitaron las últimas chozas utilizadas como viviendas y se entregaron las llaves de dignas casas a los más necesitados.

Todo lo acontecido en el pueblo era de su interés porque esos pinos eran también Hinojos, como tú, como yo, como el que dio la orden de cortarlos. Son tan nuestros que incluso está representado en la parte central de nuestro escudo: "Duradero como el pino". Esto que a nadie se le olvide.

Además de suponer una importante fuente de ingresos para el pueblo, y sobre todo en épocas pasadas, el pinar aportaba mucha mano de obra, al tener que escamondarlos, gracias a esta labor, nuestros pinos consiguieron la envergadura que tienen actualmente, también nos regalan sus exquisitos piñones, madera para calentarnos o carbón para cocinar ¡Cuánta hambre han quitado los pinos en nuestro pueblo!

Recuerdo que, siendo yo un niño, jugaba cerca del pueblo en la popular "laguna del borracho"- hoy recinto ferial- era este un paraje maravilloso con un frondoso pinar de copas enormes y troncos inabarcables debido al montón de años que habían pasados por sus vidas; en el suelo se formaba en invierno una gran laguna, de ahí el nombre de este singular lugar.

A no muy larga distancia de este sitio se estaba produciendo una entresaca de pinos; siempre se ha hecho y además es necesario y beneficioso para el bosque ya que este se regenera de una forma natural y espontánea, y la vegetación que crece a sus pies se torna mucho más frondosa debido sobre todo a la entrada de más luz.

Justo debajo del “pino gordo” y, aprovechando el frescor que le daba su sombra, estaba sentado un anciano; en ese momento pasó un señor, era el capataz forestal; el hombre mayor se incorporó, se quitó su gorra y tras saludar al agente le preguntó: ¿estos pinos tan viejos y cercanos al pueblo se van a cortar? El guarda respondió rápida y enérgicamente al anciano: no te preocupes, estos pinos son sagrados, siempre han estado aquí y mientras yo sea el responsable de ellos lo seguirán estando, nadie va a tocar ni una de sus ramas, así lo mande el ministro.

Así lo escuché, así lo viví y así lo cuento.

FIN